

pronosticando mal de ella, desde el monte mismo huyó derecho á Vizcaya. En pos de él fué don Pedro, llevando presa á su esposa doña Juana. Puesto don Tello en Bermeo, tomó una lancha y se embarcó para San Juan de Luz y Bayona. También el rey tomó una nave y le persiguió hasta Lequeitio: embravecióse allí el mar, y tuvo que regresar el rey á Bermeo. No alcanzó á don Tello por aquella vez la cuchilla vengadora.

Reclamábale ya no obstante el infante don Juan su prometido señorío de Vizcaya; pero el rey con diabólica astucia le dijo que había pensado convocar una junta general de vizcainos, y proponer en ella que le tomasen por su señor, para que fuese mas solemne el reconocimiento. Dióse don Juan por muy pagado y túvolo por merced. Congregáronse los vizcainos so el Arbol de Guernica, y propuesta la demanda quedóse absorto don Juan al oírles proclamar que ellos no querian otro señor en el mundo sino al rey de Castilla y á los que despues de él viniesen. Esta respuesta era resultado de secretas pláticas que el rey había tenido con los principales de aquel señorío. Sirvióle, no obstante, para decir á don Juan que ya veia cómo no era la voluntad de los vizcainos tenerle por su señor, pero que aun le propondria segunda vez en Bilbao. Con recelo le seguia ya el infante de Aragon, pero no tanto que presagiára el trágico remate que había de tener muy pronto. Al

dia siguiente de llegar á Bilbao llamó el rey á su primo á la casa donde estaba aposentado. Al entrar en la cámara quitáronle como por juego los camareros un pequeño cuchillo que acostumbraba á llevar; entonces se abrazó uno de ellos con el infante, y el que se había ofrecido al rey á ser el asesino de don Fadrique en Sevilla cayó él mismo aplastado por las mazas de Juan Diente y demas sayones del vengativo monarca. También el cadáver de don Juan fué arrojado á la plaza, como años antes el de Garcilaso de la Vega, y asomándose á una ventana ese rey que nos quieren decir tan justiciero y hasta piadoso, gritó al pueblo con sarcástica ironía: «¡Ahí tenéis el que os pedía ser señor de Vizcaya! ¡Parodia grosera del *Ecce Homo!*»<sup>(1)</sup>

Faltábale al rey piadoso y justiciero hacer gustar la copa de la amargura á la madre y á la esposa de su última víctima, la reina doña Leonor y doña Isabel de Lara, que se hallaban en Roa ignorantes de la catástrofe de su hijo y esposo. Supieronlo por el mismo don Juan Hinestrosa que se presentó á darlas á prision de orden del rey y trasladarlas al castillo de Castrojeriz. El rey fué en seguida y les embargó los bienes. De allí se partió para Burgos; y su estancia de ocho dias en aquella ciudad dejó memoria, no por algun acto de real munificencia, sino por el presente

(1) Mandó despues llevar el Arlanzon, como si fuese un despo-cadáver á Burgos, y al cabo de jo inmundado.—Ayala, A. IX., c. 6. algun tiempo le hizo arrojar al rio



horrible que allí le llevaron de seis cabezas de otros tantos caballeros castellanos segadas de real orden en Córdoba, en Mora, en Salamanca, en Toro y en Toledo.

Parécenos inconcebible que haya almas nobles que no rebosen de santa indignacion al leer ó al recordar escenas tan sangrientas y repugnantes, y permítase al historiador que tiene la triste necesidad de detenerse á estamparlas dejar consignado que no lo hace sin sentir una emocion profunda.... ¡Por cuán tristes períodos ha pasado la humanidad!

Bien aprovechado llevaba el rey don Pedro el año de la tregua, y aun parece que pensaba continuar su obra en Valladolid, si por fortuna para Castilla no hubiera sabido allí que se habia renovado la guerra. Por fortuna, decimos, porque la guerra con todas sus calamidades era un alivio en aquella situacion. Don Enrique, irritado con la noticia de los suplicios de sus hermanos, habia roto antes de tiempo la tregua, y entrádose en Castilla por la parte de Soria. El infante don Fernando con igual motivo invadia el reino de Murcia y combatia á Cartagena. El rey don Pedro nombró fronteros para ambos puntos, y partió rápidamente á Sevilla á aparejar algunas naves. Tuvo la suerte de que arribáran á tal tiempo seis galeras de genoveses, que, como hemos dicho, estaban en guerra con Aragon, y con estas y con otras doce que pudo armar en Sevilla, tomó rumbo para la costa de Valencia, y combatió y tomó la fuer-

te villa de Guardamar que era del infante don Fernando. Preciso es hacer justicia al valor é intrepidez del rey don Pedro para la guerra. Una fuerte borrasca que á tal sazón se levantó en aquellas agitadas aguas estrelló las naves y las rompió y deshizo, á escepcion de dos una genovesa y otra castellana. Este contra-tiempo obligó al rey á encaminarse á Murcia, y desde allí comunicó las órdenes mas enérgicas para que en las atarazanas de Sevilla se construyese y reparase y armase cuantas embarcaciones se pudiese, ordenando tambien que de las costas y puertos de Galicia, Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa se recogiese cuantos leños hubiese, sin permitir fuesen fletados para otra parte alguna sino para Sevilla, donde determinó formar una gruesa armada para hacer la guerra de Aragon.

De Murcia se entró por varias villas y castillos, que aunque pertenecientes á su reino, se hallaban alzados contra él. Acometidos con ímpetu, los recobró y ganó, y dejándolos con buen presidio marchó otra vez á Sevilla á activar y dar calor á la construccion y reparacion de naves. En esta ocupacion pasó el resto de aquel año (1358), no sin enviar mensajes y embajadas al rey de Portugal su tío, que lo era ya don Pedro, hermano de su madre, y al rey Mohammed de Granada para que le ayudasen con algunas galeras. Hasta diez le prometió el de Portugal, y tres el moro granadino. Grandes eran los aparejos



navales que se hacian para la guerra de Aragon.

Guerra mortífera amenazaba ya en principios de 1359 entre los dos reinos y los dos Pedros de Aragon y de Castilla, cuando llegó el cardenal de Bolonia, legado del papa Inocencio IV., con la noble y apostólica mision de conciliar á los dos soberanos. Celoso, activo, diligente y discreto se mostró el venerable mediador en las conferencias que frecuente y alternativamente celebraba con el castellano y con el aragonés, andando continuamente y sin descanso de Almazan, donde habia ido el rey de Castilla, á Zaragoza, donde estaba el de Aragon, ó á Calatayud, donde se trasladó despues, para que fuesen más fáciles las comunicaciones, y mas cortos y menos molestos los viages del purpurado negociador. Pedia el castellano como condiciones para la paz: que le fuese entregado el capitan Perellós, autor del desacato de Sanlucar de Barrameda, para hacer de él justicia donde quisiese; que echara de su reino al infante don Fernando, á los hermanos don Enrique, don Tello y don Sancho, y á todos los castellanos que en Aragon estaban; que le devolviese las villas y castillos de Orihuela, Alicante, Guardamar, Elche, Crevillente, Elda y Novelda, que don Jaime de Aragon habia tomado durante la minoría y tutela de su abuelo don Fernando de Castilla; y que le diese por gastos de guerra quinientos mil florines de Aragon. Accedia ya el aragonés á hacer juzgar y castigar, si resultase culpado, al capitan Perellós, y

aun á entregarle al de Castilla, si fuese condenado á muerte. Allanábase tambien á hacer salir del reino, si la paz se firmase, á don Enrique y sus hermanos y á los demas caballeros de Castilla que alli se hallaban, mas no al infante de Aragon don Fernando su hermano, ni á pagar lo que por indemnizacion de gastos de guerra era pedido, ni menos á entregar las villas y castillos que se le reclamaban y que habia heredado del rey su padre. Llegó don Pedro de Castilla á renunciar, aunque de mala gana, á las otras peticiones, menos á que dejaran de devolversele las villas y castillos mencionados. El aragonés, habido consejo con sus ricos-hombres y por unánime dictámen de estos, declaró que no podia desmembrar territorio alguno de los dominios de su corona, pero que en todo caso podia ponerse el pleito al juicio del papa, alegando cada uno de los soberanos su derecho. Aqui se estrellaron los esfuerzos conciliadores que el legado del pontífice habia estado haciendo con prodigiosa actividad por espacio de algunos meses, porque don Pedro de Castilla recibió con tal saña y enojo la postrera contestacion, bien que razonable y templada, que declaró no querer hablar mas del asunto, antes iba á activar los preparativos de la guerra; y alli mismo en Almazan dió sentencia contra el infante don Fernando, contra su hermano don Enrique, y contra todos los castellanos que en Aragon estaban.

Pluguiese al cielo que se hubiera contentado con



dar este solo desahogo á su ira, y no la hubiera descargado tambien sobre débiles é indefensas mugeres. Doloroso, pero necesario es referirlo. Desde allí mandó quitar la vida á su tia la reina doña Leonor que se hallaba en el castillo de Castrojeriz, y su mandato fué ejecutado. A doña Juana de Lara, muger de su hermano don Tello, presa desde su viage á Aguilar de Campó, mandó trasladarla á Almodovar del Rio. De allí á pocos dias la esposa de su hermano acabó su existencia en Sevilla. Dispuso que la reina doña Blanca, presa en el alcázar de Sigüenza, fuese llevada á Medina Sidonia; y allí mismo fué conducida doña Isabel de Lara, la viuda de su primo el infante don Juan á quien mató en Bilbao. «Algunos dias estuvo allí presa, y allí finó, dice el cronista: é dicen que por mandato del rey le fueron dadas yerbas.» ¡Cuándo podremos dar alivio á nuestro angustiado espíritu! ¡y cuándo le será dado á nuestra pluma dejar de escribir horrores!

Dejó, pues, don Pedro por fronteros contra Aragon á don Juan Fernandez de Hinestrosa, don Fernando de Castro, don Diego García de Padilla, don Gutierre Fernandez de Toledo, don Juan Alfonso de Benavides, y don Diego Perez Sarmiento, cada cual con su respectiva hueste, y él se fué á Sevilla á dar impulso á los trabajos de los arsenales. A los dos meses surcaba las aguas del Guadalquivir, y asomaba á los mares con rumbo á Levante una respetable armada de cuarentá

galeras, ochenta naos, tres galeotas y cuatro leños, guiada por el almirante de Castilla Micer Gil Bocanegra, y por otros capitanes y espertos marinos, como Garcí Alvarez de Toledo, que iba por patron de la galera del rey. Reuniéronsele en Cartagena diez galeras que enviaba don Pedro de Portugal. Embistió y rindió la escuadra la villa y castillo de Guardamar, que eran del infante don Fernando, y donde antes habia deshecho el temporal una pequeña flota castellana. Avanzó seguidamente á la costa de Aragon. Hallándose á la desembocadura del Ebro, otra vez el infatigable cardenal de Bolonia saliendo de Tortosa se acercó á hablar al rey de Castilla para ver si aun podia reducirle á poner alguna tregua entre él y el de Aragon: negóse el castellano á toda idea y proposicion de tregua, y la armada siguió su derrotero á Barcelona, donde ya se hallaba el monarca aragonés.

Asombrados quedaron éste y sus catalanes, acostumbrados á dominar el Mediterráneo, al ver tan respetable fuerza naval conducida por el rey de Castilla, y mas cuando la vieron acometer á doce galeras, que acostadas á tierra en aquel puerto habia (9 de junio, 1359). Acudieron los oficios de Barcelona con sus banderas á defender sus naves: los famosos ballesteros catalanes trabajaron tambien con su intrepidez nunca desmentida; pero los castellanos combatian por su parte con admirable arrojo, empleándose ya y haciendo jugar de un lado y de otro desde las galeras



máquinas, trabucos y bombardas de fuego <sup>(1)</sup>. Este combate naval fué terrible, y pereció mucha gente de uno y otro reino, y aunque las galeras aragonesas no pudieron ser tomadas, túvose por grande afrenta para Cataluña, atendido el renombre de su poder marítimo, verse así acometida en la playa de su misma capital por un nuevo adversario á quien estaba lejos de creer tan poderoso en los mares.

Movióse de allí el rey de Castilla con su armada, y tomando rumbo para las Baleares, se puso sobre Ibiza. El de Aragon juntó hasta cuarenta galeras, y se fué en pos de él á Mallorca, llevando por almirante al ilustre don Bernardo de Cabrera, y en combinacion con la gente de tierra de las islas, envió sus naves en socorro de Ibiza cercada por los castellanos. Divisáronse allí las dos escuadras. El rey de Castilla entró en una galera notable y célebre por su magnitud, admirable para aquel tiempo. Llevaba á bordo ciento y setenta hombres de armas, y ciento y veinte ballesteros: habia sobre ella tres castillos; en el de popa iba de capitan don Pedro Lopez de Ayala, el mismo que en su crónica nos suministra estas curiosas noticias.

(1) Dice el rey don Pedro IV. de Aragon en su Crónica escrita en lemosin: «E la nostra nau dis- para una bombardá, é ferí en los castells de la dita nau de »Castella, et degnastá los castells, »é y ocis un hom. E apres poch »ab la dita bombardá faeren altra »treu, é ferí en l'arbre de la nau »castellana, en leva una gran »esquerdá, é y dignartá alguna »gent.»—Véase tambien sobre el empleo de la artillería en este combate, á Zurita, Anal. lib. IX., cap. 22, y á Lopez de Ayala, que asistió personalmente á él, como capitan del rey de Castilla, Cron. Año X., cap. 12.

Don Pedro de Castilla por consejo de su almirante no quiso pelear con la armada de Aragon en aquellas aguas, y se volvió á la costa de Almería, siguiéndole don Bernardo de Cabrera con quince galeras hasta el rio de Denia. Prosiguió el rey hasta frente de Alicante, desde cuyo castillo, que estaba por el rey de Aragon, mataron los aragoneses alguna gente de la hueste de don Diego García de Padilla. Las galeras de Portugal se despidieron del rey en Cartagena, éste dió orden á sus capitanes para que se fuesen á Sevilla con la flota, y él tomó el camino de Tordesillas, donde se hallaba doña María de Padilla. La flota de Aragon se volvió tambien para Barcelona, y ambas escuadras, castellana y aragonesa, fueron desarmadas. Las operaciones de la guerra no habian servido de estorbo á las relaciones amorosas del rey don Pedro, y á los pocos dias de haber partido de Tordesillas para Sevilla recibió la nueva, placentera para él, de que doña María habia dado al mundo un hijo, que se llamó don Alfonso; novedad que le pareció al rey bastante grave para volver á Tordesillas á conocer el nuevo fruto de sus amores.

No fué tan lisonjera la noticia que le llegó de allí á poco. Don Enrique y don Tello, sus hermanos, junto con los ricos-hombres de la ilustre familia de los Lunas de Aragon, habian invadido á Castilla por tierra de Agreda (setiembre de 1359). Los fronteros castellanos que habian quedado en Almazan salieron á



batirlos, y en los campos de Araviana se empeñó una brava y seria pelea, que fué funesta para Castilla. Allí pereció el tío de la Padilla, don Juan Fernandez de Hínestrosa, camarero mayor del rey, y el mas honrado y pundonoroso de sus caballeros. Allí sucumbieron el comendador mayor de Leon, Suarez de Figueroa, y otros ilustres próceres. Otros quedaron prisioneros, y don Fernando de Castro tuvo á buena suerte el poder escapar á uña de caballo. La capitania de la frontera le fué dada á don Gutierre Fernandez de Toledo. El efecto que estos reveses producian en el ánimo iracundo del rey era buscar víctimas en que desahogar su cólera y su rabia, siquier<sup>an</sup> fuesen inocentes. No podian serlo mas las que cayeron esta vez bajo la segur de su venganza. Tenia presos en Carmona otros dos hermanos bastardos suyos, los últimos hijos del rey don Alfonso su padre, y de doña Leonor de Guzman, don Juan y don Pedro, de quienes no nos ha ocurrido hasta ahora hacer mencion, porque nada habian hecho. Contaba el uno diez y nueve años, catorce solamente el otro. En nada habian ofendido al rey su hermano, y sin embargo, de órden del rey fueron segadas sus tiernas gargantas en Carmona. Asi acabó el año de 1359, no menos fecundo en víctimas que el de 1358.

Bajo pretesto ó con motivo de no haber ayudado algunos caudillos del rey al combate de Araviana, y sobre si esta falta habia sido hija de dañada intencion

ó de imposibilidad ó falta de tiempo para concurrir á ella, emprendió el rey tan sañuda persecucion contra sus principales caballeros, y manifestaban estos por su parte tal recelo y desconfianza del rey, que parecia, ó que estaba rodeado de traidores, ó que del rey don Pedro se habia apoderado una especie de rábida frenética contra los mas altos dignatarios de Castilla. De estos, el adelantado mayor Diego Perez Sarmiento, y el frontero de Murcia Pedro Fernandez de Velasco, se pasaron á la bandera de Aragon, arrastrando tras sí muchos caballeros y escuderos. El adelantado mayor de Leon, Pedro Nuñez de Guzman, andaba huyendo de la venganza del rey, que le buscaba con ansia por todas partes, y tuvo que hacerse fuerte en uno de sus castillos. El frontero Pedro Alvarez de Osorio tuvo la desgracia de caer en manos del rey, y un dia que estaba comiendo en Villanubla á la mesa con don Diego Garcia el hermano de la Padilla, en aquel acto y momento cayeron sobre su cabeza las mazas de los ballesteros Juan Diente y Garci-Diaz. Dos hijos de Fernan Sanchez fueron presos porque tenian cartas de don Pedro Nuñez, y ejecutados al siguiente dia en Valladolid. En esta ciudad, y tambien por suponer que habia recibido cartas de don Enrique, fué preso el arcediano don Diego Arias Maldonado, y conducido á Burgos, donde dejó de existir á los ocho dias. Es un registro general de matanzas el que tropieza á cada paso la historia.



Acontecia esto cuando don Enrique de Trastamara y los de Aragon, alentados con el triunfo de Aravianna y con el refuerzo de los castellanos que diariamente se les agregaban huyendo las iras del rey, meditaban otra invasion en Castilla. Bella ocasion para trabajar en la buena obra de la paz ofrecieron estos hechos al infatigable legado del papa cardenal de Bolognia, el cual logró reducir á ambos monarcas, castellano y aragonés, á que enviaran sus embajadores á Tudela de Navarra para tratar los medios de una conciliacion y concordia. Fué por parte de don Pedro de Castilla don Gutierre Fernandez de Toledo, por la de don Pedro de Aragon don Bernardo de Cabrera. Desgraciadamente los esfuerzos apostólicos del cardenal legado fueron tambien ahora infructuosos; los embajadores no se avinieron, y don Enrique y sus hermanos hicieron su entrada en Castilla y se apoderaron de Haro y de Nájera, donde sus gentes se cebaron en matar los judíos, lo mismo que en otro tiempo habian ejecutado á su entrada en Toledo. Casi simultáneamente el gobernador de Tarazona, Gonzalo Gonzalez de Lucio, mal contento del rey de Castilla, entregaba aquella ciudad al de Aragon por precio de cuarenta florines y de recibir por muger una noble doncella llamada doña Violante, hija del rico-hombre de Aragon don Juan Jimenez de Urrea (1360).

Con fuerzas contaba todavía el rey don Pedro, y sobrábale espíritu y arrojo para hacer frente á sus

hermanos y vengar sus atrevidas irrupciones. Partió pues de Burgos con cinco mil caballos y hasta doble número de peones que pudo reunir, y dirigiéndose por Pancorbo, Bribiesa, Miranda de Ebro y Santo Domingo de la Calzada, puso su real sobre Azofra, muy cerca de Nájera. Estando allí, llegóse á él un sacerdote de Santo Domingo de la Calzada y le dijo: «Señor, Santo Domingo de la Calzada me vino en sueños é me dixo que viniese á vos, é que vos dixese que fuédeses cierto que si non vos guardádeses, que el conde don Enrique vuestro hermano vos avía de matar por sus manos.» El rey, un tanto supersticioso, se sobrecogió en un principio; mas luego reponiéndose mandó quemar en su presencia al clérigo agorero. En verdad el profeta no anduvo feliz por esta vez en su pronóstico, puesto que emprendida la pelea entre don Pedro y don Enrique, quedó éste derrotado, su pendon en poder de los del rey, y apenas y con mucha dificultad logró refugiarse con unos pocos dentro de los muros de Nájera. Perdidos estaban don Enrique y los suyos, si el rey hubiera cargado sobre Nájera en lugar de retroceder á Santo Domingo; pero esta inoportuna retirada, que quieren atribuir tambien á un acto de supersticion fundado en causa muy leve, dió tiempo y oportunidad al bastardo para meterse otra vez en Aragon. El rey, despues de ordenar lo conveniente para la guarda y defensa de la frontera, tomó la vuelta de Andalucía.